



Hojas de reflexión

La nueva coyuntura

(de J. MARTIN VELASCO, en *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, 385-88)

La situación actual del mundo y de la Iglesia constituye una verdadera encrucijada que está pidiendo transformaciones profundas en la forma de encarnar el ministerio presbiteral, si no se quiere que queden frustradas las expectativas favorables abiertas por el Concilio. Las razones fundamentales para esta afirmación no están como algunos pretenden, en la insuficiencia de los textos conciliares sobre los presbíteros. Están más bien en la aparición, en los años posteriores al Concilio, de una serie de hechos que originan un cambio notable en la coyuntura socio-histórica e influyen de forma decisiva sobre la conciencia y la vivencia de su ministerio por parte de los presbíteros. Señalemos los más importantes.

El primero consiste en lo que podríamos llamar el surgimiento y la extensión de una cultura de la increencia. Increencia, ciertamente, ha existido siempre. Más aún, a partir del s. XVIII los maestros del pensamiento moderno se han distanciado en su mayoría de posturas creyentes o han mantenido posturas abiertamente no creyentes. Pero la novedad de la situación a partir de los años del desarrollo económico generalizado radica en que las afirmaciones teóricas de la increencia, hasta el momento propias de minorías pensantes que daban lugar a filosofías ateas, se han convertido en los presupuestos tácitos de la cultura de masas extendida a través de fenómenos como

El hecho reviste manifestaciones muy variadas, que van desde la creación de nuevos brotes religiosos en el tronco de antiguas tradiciones como el hinduismo, el budismo, el cristianismo o el islamismo, hasta la multiplicación de nuevas sectas, pasando por la sustitución de formas religiosas tradicionales por actividades que intentan el cultivo de lo parapsíquico, lo metacientífico, lo oculto o lo maravilloso y llegando a la extensión de briznas extraídas de amplios contextos religiosos que cobran gran extensión bajo la forma de amuletos, ornamentaciones, métodos de concentración y relajación, asunción de hábitos alimenticios o terapéuticos. Un rasgo común a todas estas manifestaciones es su marginalidad, que a veces se torna oposición a las formas tradicionales fuertemente institucionalizadas de las religiones. Un hecho tan complejo y tan ambiguo puede ser interpretado, y de hecho está siendo interpretado, de formas muy diferentes, pero para nuestro propósito en este momento nos interesa sobre todo la incitación o la tentación que puede suponer para ese hombre que tradicionalmente era visto y se creía a sí mismo como el especialista de lo sagrado en el ámbito de la comunidad fuertemente institucionalizada.

La nueva situación originada por todos estos fenómenos afecta a una Iglesia que asiste, por una parte, a la pérdida progresiva de adeptos, en virtud del crecimiento constante del alejamiento de la práctica religiosa, del crecimiento de las pertenencias parciales o críticas de muchos de sus fieles y del crecimiento y la extensión de la increencia, y, por otra, a un evidente progreso de la vida cristiana de las minorías que le permanecen fieles. Esta nueva situación de la sociedad y su repercusión sobre la Iglesia está llamada a ejercer, está ejerciendo ya, un influjo importante en la conciencia y la vida de los presbíteros, que exige como respuesta la cristalización de la identidad permanente del presbítero en una nueva espiritualidad. La falta de esta respuesta o una respuesta inadecuada de los presbíteros a la nueva situación podría originar entre ellos una agudización de la crisis que vienen padeciendo o poner en peligro las posibilidades de respuesta a la misma que suscita el Concilio Vaticano II.

la extensión de la enseñanza obligatoria, la democratización de la cultura y los medios masivos de difusión que son el cine, la prensa, la radio y la televisión. Las doctrinas contenidas en las obras de los filósofos ateos han pasado a determinar el discurso culturalmente dominante, y a través de él han pasado a condicionar las categorías mentales, las convicciones fundamentales, las valoraciones generalmente admitidas, hasta constituir una verdadera cultura de la increencia que genera el clima intelectual y moral que respira la sociedad y que, cada vez más, intenta determinar también su organización política. Si L. Fevre podía escribir que la increencia era prácticamente imposible en el s. XVI, porque la trama social y cultural de la época estaba toda ella impregnada de religiosidad, hoy, a la inversa, habría que preguntarse si es posible la fe en una situación en la que la trama mental, ética y social, es decir, la cultura ambiente, está dominada por la increencia.

Un hecho así, nuevo en su radicalidad, en su extensión y en su capacidad de penetrar el conjunto del clima espiritual no puede dejar de afectar y está afectando de hecho las disposiciones con que vive y encarna su vida ese personaje, descrito con toda razón por los textos como hombre de Dios, que es el sacerdote. Un hecho así está interpelando la encarnación que de su existencia ministerial hace el presbítero. Está, pues, determinando la realización y la posibilidad misma de su espiritualidad.

Un segundo rasgo de la actual situación de dimensiones y de importancia semejante a la anterior es la injusticia en el mundo y la respuesta de la conciencia cristiana a esa situación de injusticia. A los felices -desde el punto de vista económico- años sesenta, años en los que se esperaba que el desarrollo económico en crecimiento constante terminase por extender sus beneficios a las capas sociales y a los países menos favorecidos, han seguido los años de la crisis económica, que han manifestado las limitaciones de ese desarrollo y han impuesto la convicción de que el desarrollo de los países y las clases privilegiadas sólo podrá obtenerse a base del sacrificio y la reducción a la pobreza de las clases y los países marginados. En esta situación ha pasado al primer plano de la conciencia mundial la injusticia que supone el que, existiendo bienes materiales para todos,

éstos se encuentren tan desigualmente repartidos que mientras unos pocos derrochan otros se vean sometidos a la miseria y al hambre.

La conciencia cristiana, que desde siempre había considerado la atención a los necesitados como piedra de toque de la autenticidad del cristianismo, está reaccionando a la nueva situación con su evidente manifestación de problemas y fallos estructurales, interpretando la actual situación de injusticia como un rasgo de la situación religiosa que descalifica a la comunidad de los cristianos si ésta no reacciona tomando partido por la justicia y colaborando con sus medios en la lucha contra la injusticia. Esta conciencia se viene manifestando desde que Juan XXIII utilizó la expresión *Iglesia de los pobres*. Al final de este proceso se puede dar por rasgo de la actual conciencia cristiana la convicción de que la promoción de la fe, la evangelización, única forma válida de responder a la situación de increencia, pasa por la opción por los pobres y la lucha contra la injusticia. Esta toma de conciencia está comportando el más eficaz medio de encarnación de la fe cristiana en la vida real, histórica, mundana de los cristianos. Está devolviendo al cristianismo de nuestros días el realismo encarnado que una visión exclusivamente espiritualista o cultural habían impuesto al cristianismo falseándolo.

De nuevo estamos aquí ante un elemento de la actual coyuntura que no puede por menos de influir en la realización por el presbítero de su espiritualidad ministerial.

Señalemos un tercer rasgo. Contrariando las previsiones de los teóricos de la secularización, la religión y sus manifestaciones están lejos de haber desaparecido de la sociedad secularizada, pluralista y altamente urbanizada, tecnificada y burocratizada en que ha desembocado el proceso modernizador de los países occidentales. Como un mentís a tales previsiones se está imponiendo con claridad un hecho denominado e interpretado de formas diferentes, tales como: permanencia, vuelta o transformación de lo sagrado; nuevas formas religiosas; recuperación de lo sobrenatural; retorno o nostalgia de la mágico; lo sagrado en estado silvestre; trivialización de lo sagrado, etc., pero que es reconocido por todos como una inesperada presencia de los religioso en un mundo en el que parecía condenado a desaparecer por la fuerza de la evolución de la cultura.